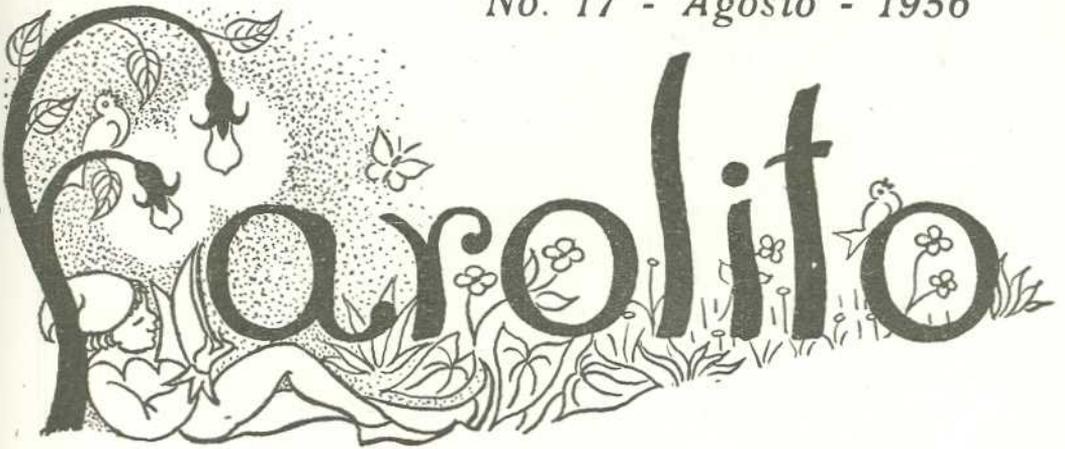


No. 17 - Agosto - 1956



REVISTA INFANTIL NACIONAL

TOMO III

MI ORACION

Rabindranath Tagore

Mi oración, Dios mío, es ésta:

Hiere, hiere la raíz de la miseria en mi corazón.

Dame fuerza para llevar ligero mis alegrías y mis pesares.

Dame fuerza para que mi amor de frutos útiles.

Dame fuerza para no renegar nunca del pobre, ni doblar mi rodilla al poder del insolente.

Dame fuerza para levantar mi pensamiento sobre la pequeñez cotidiana.

Dame, en fin fuerza para rendir mi fuerza, enamorado, a tu voluntad.



Revista Infantil Nacional
Publicada por la
FILIAL DE ANDE
Cantón Central de Heredia

Directora:
EVANGELINA GAMBOA

Administración:
GUILLERMO SOLERA R.
DOLLY MUÑOZ ZUÑIGA

San José — Costa Rica

Sumario:

Mi oración	1
En tus brazos	2
El camarón encantado	3
La cuna	6
La pavera del rey	8
Página de los niños	15
La flor de la champaca	16

AGOSTO 1956

NUMERO 17

Maderas: Francisco Amighetti.

Dibujos a pluma: Juan Manuel Sánchez.

VALE:

¢ 0.20

EN TUS BRAZOS

Mamita, mamita,
si tú fueses árbol,
tu hijito en tus manos
quisiera ser pájaro.

Si tú fueses río
que al mar va cantando,
tu hijito en tus aguas
quisiera ser barco.

Mamita, mamita,
si fueses un río
o fueses un árbol,
tú me acunarías
igual en tus brazos.

Germán Berdiales



EL CAMARON ENCANTADO

(Continuación)

—¿Y qué quiere ahora ser la mujer del leñador?

—¡Ay, señora maga!, reina quiere ser.

—¿Reina no más? Me salvaste la vida y tu mujer tendrá lo que desea. ¡Salud, marido de la reina!

Y cuando Loppi volvió a su casa, el castillo era un palacio, y Masícas tenía puesta la corona. Los lacayos, los pajes, los chambelanes, con sus medias de seda y sus casaquines, iban detrás de la reina Masícas, cargándole la cola.

Y Loppi almorzó contento, y bebió en copa tallada su anisete más fino, seguro de que Masícas tenía ya cuanto podía tener. Y dos meses estuvo almorzando pechuga de faisán con vinos olorosos, y paseando por el jardín con su capa de armiño y su sombrero de plumas, hasta que un

día vino un chambelán de casaca carmesí con botones de topacio, a decirle que la reina lo quería ver, sentada en su trono de oro.

—Estoy cansada de ser reina, Loppi. Estoy cansada de que todos estos hombres me mientan y me adulen. Quiero gobernar a hombres libres. Ve a ver a la maga por última vez. Vé: dile lo que quiero.

—Pero ¿qué quieres entonces, infeliz? ¿Quieres reinar en el cielo donde están los soles y las estrellas, y ser dueña del mundo?

—Que vayas, te digo, y le digas a la maga que quiero reinar en el cielo, y ser dueña del mundo.

—Que no voy, te digo, a pedirle a la maga semejante locura.

—Soy tu reina, Loppi, y vas a ver a la maga, o mando que te corten la cabeza.

—Voy, mi reina, voy. — Y se echó al brazo el manto de armiño, y salió corriendo por aquellos jardines, con su sombrero de plumas. Iba como si le corrieran detrás, alzando los brazos, arrodillándose en el suelo, golpeándose la casaca bordada de colores: "¡Tal vez —pensaba Loppi—, tal vez el camarón tenga piedad de mí!" Y lo llamó desde la orilla, con voz como un gemido:

"Camaroncito duro,
sácame del apuro".

Nadie respondió. Ni una hoja se movió. Volvió a llamar, con la voz como un sopro.

—¿Qué quiere el leñador? — respondió con una voz terrible.

—Para mí, nada; ¿qué he de querer para mí? Pero la reina, mi mujer, quiere que le diga a la señora maga su último deseo; el último, señora maga.

—¿Qué quiere ahora la mujer del leñador?

Loppi, espantado, cayó de rodillas.

—¡Perdón, señora, perdón! quiere reinar en el cielo y ser dueña del mundo.

El camarón dió una vuelta en redondo, que le sacó al agua espuma, y se fue sobre Loppi, con las bocas abiertas:

—¡A tu rincón, imbécil, a tu rincón! ¡los maridos cobardes hacen a las mujeres locas! ¡abajo el palacio, abajo el castillo, abajo la corona! ¡A tu casuca con tu mujer, marido cobarde! ¡A tu casuca con el morral vacío!

Y se hundió en el agua, que silbó como cuando mojan un hierro caliente.

Loppi se tendió en la yerba, como herido de un rayo. Cuando se levantó no tenía en la cabeza el sombrero de plumas, ni llevaba al brazo el manto de armiño, ni vestía la casaca bordada de colores. El camino era oscuro, y matorral como antes. El suelo era, como antes, de pozos y pantanos. Cargaba a la espalda su morral vacío. Iba sin saber que iba mirando a la tierra.

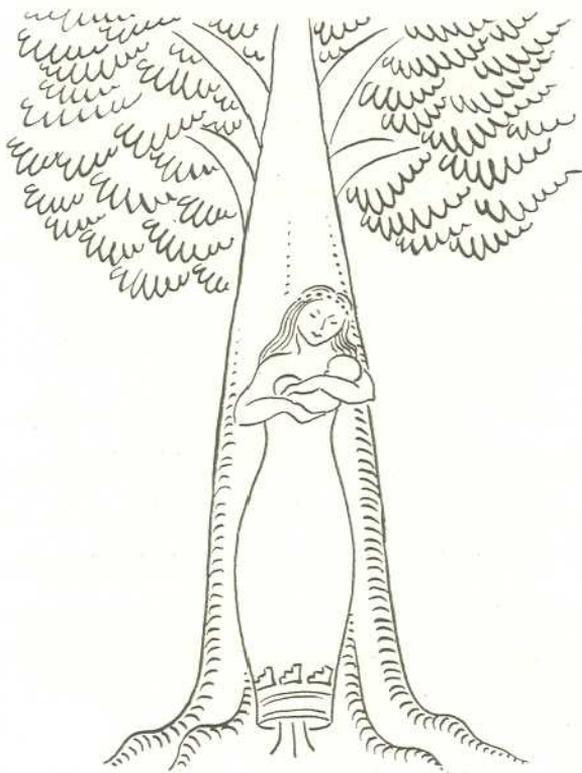
Y de pronto sintió que le apretaban el cuello dos manos feroces: —¿Estás aquí, monstruo? ¿Estás aquí, mal marido? ¡Me has arruinado, mal compañero! ¡Muere a mis manos, mal hombre!

—¡Masícas, que te lastimas! ¡Oye a tu Loppi, Masícas!

Pero las venas de la garganta de la mujer se hincharon, y reventaron, y cayó muerta, muerta de la furia. Loppi se sentó a sus pies, le compuso los harapos sobre el cuerpo, y le puso de almohada el morral vacío. Por la mañana, cuando salió el sol, Loppi estaba tendido junto a Masícas, muerto.

De Laboulaye.

Contado por José Martí.



LA CUNA

Juana de Ibarbourou

Si yo supiera de qué selva vino
el árbol vigoroso que dió el cedro
para tornear la cuna de mi hijo...
Quisiera bendecir su nombre exótico.
Quisiera adivinar bajo qué cielo,
bajo qué brisas fue creciendo lento
el árbol que nació con el destino
de ser tan puro y diminuto lecho.

Yo elegí esta cunita
una mañana cálida de Enero.
Mi compañero la quería de mimbre,
blanca y pequeña como un lindo cesto,
pero hubo un cedro que nació hace años
con el sino de ser para mi hijo,
y preferí la de madera rica
con adornos de bronce. ¡Estaba escrito!

A veces, mientras duerme el pequeñuelo,
yo me doy a forjar bellas historias:
quizá bajo su copa una cobriza
madre venía a amamantar su niño
todas las tardecitas a la hora
en que este cedro, amparador de nidos,
se llenaba de pájaros con sueño,
de música de arrullos y de píos.

¡Debió de ser tan alto y tan erguido!
¡Tan fuerte contra el viento y la borrasca,
que jamás el granizo le hizo mella
ni nunca el cierzo doblégó sus ramas!

El, en las primaveras, retoñaba
primero que ninguno. ¡Era tan sano!
Tenía el aspecto de un gigante bueno
con su gran tronco y su ramaje amplio.

Arbol inmenso que te hiciste humilde
para acunar un niño entre tus gajos:
Has de mecer los hijos de mis hijos.
¡Toda mi raza dormirá en tus brazos!



LA PAVERA DEL REY

Una vez era un rey que tenía una hija muy hermosa. Cierta día que estaba a la mesa vestida con el traje verde bordado de perlas, su padre le preguntó:

-¿Me quieres mucho?

Y ella contestó:

-Como el pan a la sal.

Se quedó el rey pensando lo que significaría esta contestación y después de mucho cavilar creyó que era una burla de su hija. Se levantó de la mesa lleno de indignación y llamando con grandes voces a sus criados les ordenó que llevasen a la princesa a lo más escondido de una gran montaña que desde el palacio se veía, y que allí la matasen. Como prueba evidente de que el rey había sido obedecido por sus criados, éstos tenían que presentarle los ojos de la víctima. Ni las súplicas ni el

llanto de la princesa fueron bastante para ablandar el corazón del rey. Se la llevaron los criados y fueron andando camino del monte. Llegaron a un bosque muy espeso, desde el cual ya no se divisaba el palacio y se dispusieron a ejecutar las órdenes que el rey les había dado. La princesa lloraba amargamente, y como era tan hermosa y siempre había tratado con cariño a los criados, éstos se compadecieron de ella y la dejaron libre con la condición de que no volviera jamás al reino, pues si el rey se enteraba de que no le habían obedecido, les mataría. Cuando las criados volvían al palacio encontraron en el camino una perrita blanca. Le sacaron los ojos y se los presentaron al rey como si fuesen los ojos de la princesa, con lo que éste quedó convencido de que su hija había muerto.

La princesa caminó y caminó a través del bosque sin saber adónde dirigirse, hasta que en mitad de un camino se encontró con un pastor que estaba sentado tocando una flauta y muy pobremente vestido. Comprendiendo que no podría ir a ninguna parte sin ser reconocida, pues estaba vestida de princesa, ofreció al pastor comprarle el traje que él llevaba. Aceptó éste y ella entonces se vistió de pastor y guardó en un envoltorio los vestidos de princesa. Siguió su camino y, cuando ya la noche quería venir, llegó al palacio de un rey. Se enteró de que necesitaban un pavero para guardar los rebaños de pavos de que era dueño el príncipe y se ofreció ella para ejercer este oficio. La aceptaron fácilmente creyendo que era un pastor y desde entonces salía con los pavos todas las mañanas al campo y no regresaba hasta la caída de la tarde. Pero como se aburría tanto de estar siempre sola, sin más compañía que la de los pavos, para distraerse mientras éstos corrían por el campo, se llegaba a un pozo que estaba allí cerca, se quitaba el traje de pastor y se ponía sus vestidos de princesa, complaciéndose y recreándose en mirar su hermoso retrato reflejado en aquella agua tan limpia.

Al son de una pandereta de plata con sonajas de oro, la princesa cantaba y bailaba, diciendo:

Paví, paví,
si el príncipe me viera
¿se enamoraría de mí?

Y los pavos contestaban:

-Sí, sí, sí.

Como estos animales son tan tontos y veían a la princesa tan hermosa, se la quedaban mirando fijamente y hasta se olvidaban de comer, por lo que cada día se moría uno de ellos, el más viejo, y todas las tardes, al volver al palacio la pavera, llevaba un pavo muerto bajo el brazo.

Le extrañaba al hijo del rey que todos los días se muriese un pavo y no hacía más que pensar si el pavero les haría alguna cosa para matarlos. Decidió un día espiarle, y sin decir nada a nadie, fue siguiendo a los pavos y se escondió detrás de un árbol para no perder de vista al pastor. La princesa no recelando nada, cuando llegó al lugar en que acostumbraba cambiar de vestido, lo hizo como siempre, apareciendo a los ojos del príncipe todo lo hermosa y deslumbrante que era. Quedó enamorado de ella y se fue al palacio decidido a casarse con la pavera, pues comprendía que no podía vivir sin tenerla a su lado.

En cuanto anocheció subió el príncipe a acostarse, y haciendo llamar a la cocinera, le dijo que se sentía malo, que no tenía gana de comer y que le enviase una taza de caldo por medio de Juan Cortezón, que así era como llamaban en el palacio el pavero.

La cocinera, asombrada, dijo al príncipe:

—¿Pero cómo quiere usted que entre en esta alcoba Juan

Cortezón, que es tan torpe, tan sucio y que está lleno de pulgas, hasta el punto que todas las noches tenemos que echarle del lado del fuego a un rincón de la cocina por miedo a que nos contagie su miseria?

Y es que la princesa, temiendo ser conocida si estaba mucho tiempo a la luz, en cuanto volvía del campo se sentaba cerca de la lumbre y se rascaba con mucha fuerza, echando después al fuego grandes puñados de sal que restallaban como si fuesen pulgas. Entonces todos le gritaban llenos de asco:

—Juan Cortezón, al rincón.

Y se iba al rincón, donde por la oscuridad, corría menos riesgo de que descubrieran que era mujer y no hombre.

Por más que la cocinera exageró al príncipe la torpeza y la suciedad del pastor, tanto insistió aquel, que la pobre mujer no tuvo más remedio que obedecer y cumplir su mandato. Bajó refunfuñando las escaleras y entró en la cocina, donde ya estaba el pastor metido, como siempre, en su rincón. La cocinera le dijo que se arreglase algo porque tenía que subir una taza de caldo al príncipe. La princesa quiso disculparse de mil modos, pero todo fue inútil. Temblando de pies a cabeza subió a la habitación del príncipe y asomando apenas la cabeza dejó la taza de caldo sobre una silla que estaba a los pies de la cama. El príncipe, que estaba levantado y con gran impaciencia, le cogió la mano y a duras penas la hizo entrar en la habitación. Le confesó que la había visto cuando se cambió el vestido a la orilla del pozo y que era tan hermosa que estaba decidido a casarse con ella, fuese quien fuese.

La princesa, viéndose descubierta y gustándole también el príncipe, que era joven y arrogante, le declaró quién era y le contó su historia entre lágrimas y suspiros, con lo cual el príncipe se sentía cada vez más feliz.

Enterado el rey de todo ello y viendo que su hijo estaba locamente enamorado de aquella princesa, dispuso la boda con

grandes fiestas y convidó a todos los reyes vecinos, entre los cuales se encontraba el padre de la novia. Llegó éste y no conoció a su hija por lo mucho que había ganado en hermosura desde el día en que mandó matarla y porque además tenía la seguridad de que su hija había muerto, según él había ordenado.

La princesa agasajó a su padre más que a los otros convidados, pero hizo que fabricasen para él solo una hogaza sin sal y se la pusieran en la mesa en su plato. El rey la probó y, con un gesto de disgusto, la dejó a un lado, no volviendo a comer pan durante el banquete. Le preguntó el príncipe por qué no comía el pan y el rey contestó que porque no tenía sal.

—Pues me han asegurado- le replicó el príncipe, que mandó usted matar a su hija porque le dijo que lo quería como el pan a la sal.

—Sí, señor- contestó el rey muy triste-, y ése es mi remordimiento, porque después comprendí lo mucho que me quería.

—¿Cuánto daría por ver viva a su hija?

—La mitad de mi reino.

—¿De veras?

—Sí, señor.

—Pues para mí es.

Y diciendo esto, el príncipe mostró al rey su hija y le contó su historia.

El rey la reconoció en seguida y fue tanta la alegría que recibió que cayó muerto de repente.

La princesa y el príncipe quedaron casados y fueron muy felices toda su vida.



MADONA DEL TEMPLO

Pintura de Rafael

RESULTADO DEL CONCURSO DE COMPOSICIONES Y DIBUJOS REVISTA FAROLITO**Premios de ₡ 20.00**

Corresponden a

Venancio Monge Montero. Escuela de Santa Rosa de Turrialba.
 Zoila Quirós Alvarado IV Grado. Escuela Bernardo Soto, Alajuela.

Premios de ₡ 10.00

Corresponden a

Ana Lucía Flores Muñoz, IV Grado. Escuela Mixta de Guápiles.
 Zahira Morera Salas, IV Grado. Escuela Bernardo Soto, Alajuela.

Premios de ₡ 5.00

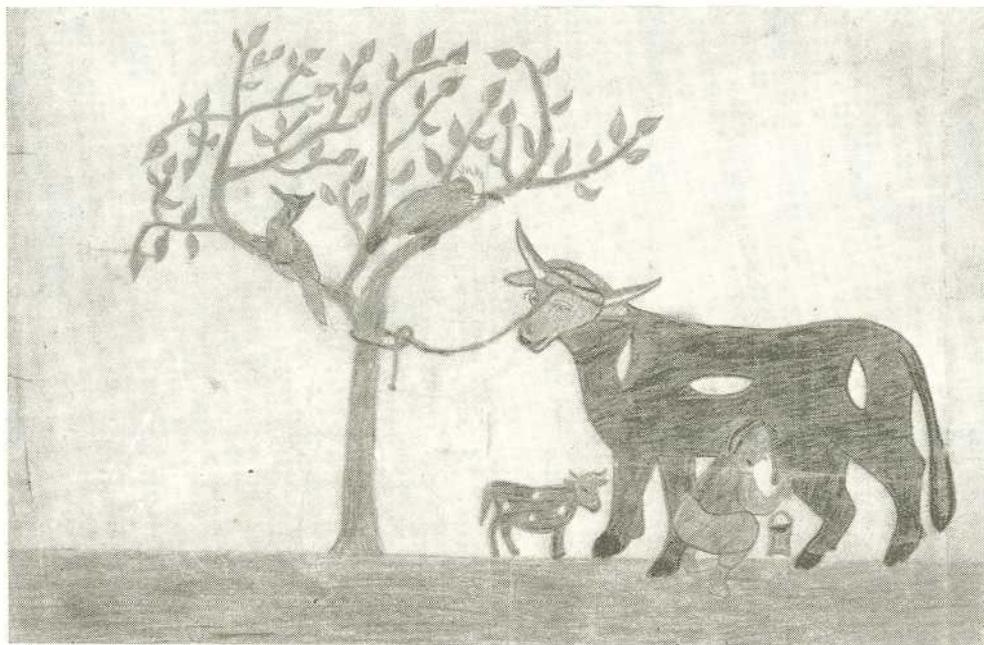
Corresponden a

José Alberto Jara R. III Grado, Escuela Judas Tadeo Corrales
 Candelaria de Naranjo.
 Amparito Amador Jarquín, IV Grado. Escuela Mixta de Guápiles.
 Lidia María Chacón, V Grado. Escuela República del Perú, San José.
 Amalia Echeverría, V Grado. Escuela República del Perú, San José.
 Elvia María Trejos Zamora, III Grado. Escuela Mixta de Tuis, Turrialba.
 Haidée Luz Mora Hernández. Escuela, La Verbena de Turrialba.
 Doris Arias Víquez, V Grado. Escuela Quebradas de Tambor, Alajuela.
 Florinda Chaves Barquero, I Grado. Escuela de la Palma, Tilarán.

CUENTOS DE MARAVILLA

Corresponden a

Mireya Ramos, II Grado. Escuela de la Palma, Tilarán.
 Carlos Luis Granados, III Grado. Escuela Mixta de Tuis, Turrialba.
 María Elena Vargas S., IV Grado. Escuela Tambor de Alajuela.
 Gilberto Sánchez Arce, II Grado. Escuela Rubén Darío, de Santa Rosa
 de Santo Domingo de Heredia.
 Elsy Víquez, Escuela Tambor de Alajuela.
 Delia Villalobos, Escuela de San Juan de Naranjo.
 Yolanda Barrantes, Escuela Cleto González Víquez, Heredia.



Venancio Monge Montero
Escuela de Santa Rosa de Turrialba

LOS PAJARITOS

Los pajaritos son unos animalitos muy bonitos, no debemos maltratarlos ni matarlos porque es malo, más bien debemos cuidarlos de que no les anden causando daño porque ellos no deben nada. Hay muchos pájaros que tienen sus plumas de colores: rojo con negro, amarillo con negro, también cafecitos y de muchos otros colores.

Hacen sus nidos en las ramas de los árboles, que son hechos con ramitas secas, hojas secas, y hebras de musgo. Ahí ponen sus huevecillos que son muy pequeños; y de los huevos nacen sus hijos.



LA FLOR DE LA CHAMPACA

Rabindranath Tagore

"Oye, madre, si ¿sólo por jugar, eh? me convirtiera yo en una flor de champaca, y me abriera en la ramita más alta de ese árbol, y me meciera muerto de risa en el viento, y bailara sobre las hojas nuevas, ¿sabrías tú que era yo, madre?" Tú me llamarías: "Niño, ¿dónde estás? Y yo me reiría para dentro y me estaría muy quietecito. Abriría muy despacio mis hojas y te vería trabajar".

"Cuando después de bañarte tú pasaras con el pelo mojado abierto sobre tus hombros, por la sombra de la champaca al patinillo donde rezas, sentirías el perfume de la flor, madre, pero no sabrías que salía de mí. Cuando después de la comida, estuvieras sentada en la ventana leyendo el Ramayana, y la sombra de mi árbol te cayera en el pelo y en la falda, yo echaría mi sombra chiquita en la hoja de tu libro, en el mismísimo sitio en que estuvieras leyendo. Pero ¿adivinarías tú que era la sombrita de tu hijo? Cuando al anochecer te fueras al establo con la lámpara encendida, yo caería de pronto otra vez al suelo y sería otra vez tu niño, y te pediría que me contaras un cuento".

"¿Dónde has estado tú, picarón? "No te lo cuento, madre", nos diríamos.